SIGAMOS CRECIENDO EN EL SEÑOR

Apóstol Marvin Véliz
Nuevo Lourdes, 30 de mayo de 2010

Debido a que en este tiempo el Señor está gestando entre nosotros, un avivamiento, debemos saber que hay un círculo virtuoso que debemos procurar cerrarlo, porque sólo cerrándolo, seguiremos creciendo en el Señor.

Colosenses 1:9 Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, v:10 para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios.

La carta a los colosenses va dirigida a creyentes que han crecido saludablemente en el Señor. Esta es una carta dirigida por Pablo a creyentes que desde el día que conocieron al Señor, se enfilaron a conocerlo a Él de una manera viviente, práctica y sin religiosidad, de manera que podemos decir que el Apóstol Pablo le escribe a una Iglesia local que en términos generales, se encuentra saludable espiritualmente.

Quiero que contemplemos a qué es lo que Pablo le llama saludable en el Señor, para ello leamos lo que dicen los primeros versículos de *Colosenses 1:4* “*habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, v:5 a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, v:6 que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad*”.

Quiero hacer énfasis a algunas cosas que el Apóstol Pablo les menciona a los colosenses:

1.- LA FE EN CRISTO JESUS QUE ELLOS TIENEN.

Esto que Pablo menciona no es sólo acerca de la fe que les sirvió para ser salvos, sino de una fe que los habilita para vivir la vida del Señor. Hermanos, un creyente saludable es un creyente que vive por fe y para fe, porque como dice la Escritura: “... *en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá*” (*Romanos 1:17*). Una característica del creyente en Jesús, y no hablemos de un creyente maduro, si no uno que está creciendo sano en el Señor, es un creyente que echa mano de la fe.

En nuestro caso, como iglesia local, talvez no podremos hacer uso de las palabras que Pablo les dice a los de Colosas, para hablar de nosotros mismos, porque en cuanto a la fe, talvez no todos están creciendo sanos en el Señor, por eso usemos, lo que Pablo dice en esta carta para hacer una buena referencia a los creyentes que quieren caminar saludables en el Señor.

Un creyente saludable es el que se mantiene en fe, o sea, la fe que comenzó cuando conocimos al Señor, esa fe que por sí misma nos dio la capacidad de creer. ¿Qué es la fe? En resumidas cuentas podemos decir que la fe es la capacidad de creer. El día en que nacimos de nuevo, ese día creímos en Él, aunque talvez un día antes blasfemábamos del evangelio y decíamos que Dios no existía, pero en el momento que recibimos esa fe, pudimos creer y ahora que tenemos esa fe de parte de Dios, podemos seguir creyendo. Podemos decir que fuimos engendrados como hijos de Dios a raíz de creer. Esta fe inicial en el Señor, que nos hizo entrar en conciencia y en la experiencia de Dios es la fe en la que debemos perseverar, para que así como por medio de ella vino la gracia de Dios para darnos vida eterna, así también venga la gracia de Dios para que lo vivamos cada día.

Podemos decir, entonces, que un creyente sano es el que sabe que su vida en el Señor depende de creer. La iglesia de los colosenses estaba conformada por personas sanas en el Señor, y eran sanas precisamente por que vivían en fe; pero además de la fe, ellos tenían otras virtudes que los hacían estar sanos en el Señor.

2.- EL AMOR QUE TENÍAN PARA TODOS LOS SANTOS:

El estudiar las características que tenían los hermanos de Colosas, puede ser útil para nosotros si utilizamos esto como una referencia de medida para darnos cuenta qué tan distantes estamos de ser sanos. La experiencia de la mayoría de creyentes de hoy en día, es que conocieron al Señor, pero lejos de enamorarse de la Iglesia, sentir pasión por el Cuerpo de Cristo, tener deseos de reunirse con los hermanos que conforman la Iglesia, lo que les pasa es todo lo contrario; vienen a empujones a los cultos, se resisten a tener comunión con los hermanos, en fin, se vuelven alérgicos al Cuerpo de Cristo

Los cristianos de Colosas, sin embargo, entraron a una dimensión normal. Ellos conocieron al Señor, le creyeron al Señor y luego amaron a los hermanos y proliferaron junto con los hermanos. Una vida cristiana saludable consiste en amar. Si queremos saber qué tan enfermos o saludables estamos lo debemos ver en el poco o mucho afecto que tenemos por los hermanos.

¿Qué tanto amamos a los hermanos? No pensemos que amamos mucho a los hermanos porque los saludamos a todos, cuando nos reunimos para hacer culto al Señor; no midamos el amor por lo que sucede en la iglesia, cuando nos congregarnos; el amor se mide en ausencia de los hermanos, cuando estamos fuera de la Iglesia, allí podemos notar qué tanta falta nos hacen nuestros hermanos, y en la medida que nos hacen falta, en esa medida es que realmente amamos. Si un hermano de la iglesia se ausenta un mes a las reuniones de la iglesia y no nos hace falta, ni preguntamos por él, ese es el pobre grado de amor que tenemos para con ese hermano. Un creyente normal tiene su fe en el Señor, pero también abunda en amor.

3.- CAMINABAN EN ESPERANZA

Los hermanos de Colosas tenían sus ojos puestos en lo eterno; era gente que no caminaba con sus ojos puestos en lo terrenal, si no tenían su vista puesta en el Señor

4.- COMPRENDIERON A PERFECCIÓN LA GRACIA DE DIOS.

El hecho de que los hermanos oyeron y conocieron la gracia de Dios en verdad nos muestra que desde el día que ellos se convirtieron, quitaron de tajo la raíz venenosa de la religión. Ellos creían porque habían oído y comprendido la virtud de la gracia de Dios, por ello la religión no tuvo injerencia en sus vidas. La religión es lo contrario a la gracia de Dios. La religión nos insta a “hacer algo bueno” para obtener los beneficios de Dios. Si podemos creer y vivir el evangelio genuino de la gracia, seguro que creceremos en Él.

Pablo, como Apóstol tuvo la bendición de fundar iglesias sanas como la de Colosas, pero también fundó iglesias carnales y llenas de problemas como las de Corinto y Gálatas. En lo personal, como Apóstol, el Señor no me ha permitido fundar iglesias tan sanas como la de Colosas, pero sí puedo decir que conforme han ido pasando los años, hemos ido comprendiendo la gracia del Señor. Sin dar lugar a la vanagloria, puedo decir que poco a poco el comprender la gracia del Señor nos ha venido dando un avance y un crecimiento genuino en la fe. Prueba de este avance ha sido que, de un tiempo para acá, entre nosotros se manifiesta más amor que lo que antes se podía manifestar.

Sopesando lo que éramos antes con lo que vivimos ahora, podemos dar testimonio de que hay más amor entre nosotros. Obviamente, nos falta avanzar mucho en el amor, pero se empiezan a ver los primeros frutos; los buenos años que hemos dedicado para sembrar la palabra han empezado a dar fruto en aquellos que la han recibido y la han creído con fe. Por otro lado, han sido tantos los golpes y fracasos espirituales que hemos tenido, que ahora estamos convencidos de que la única cosa que debemos hacer es creer. Al llegar a esta sana conclusión podemos constatar que sólo la gracia del Señor en nosotros nos puede hacer avanzar en la caminata con Dios.

Hermanos, definitivamente estamos avanzando en el Señor para poder cerrar un “círculo virtuoso” que nos hará avanzar en el Señor, pero esto no será posible si no vivimos en fe, si no tenemos puestos los ojos en el Señor y si no comprendemos la gracia del Señor. El que viva en fe, esperanza y amor, es un creyente que está creciendo sano, y está preparado para cerrar el círculo virtuoso en el Señor y así poder seguir creciendo en Él.

Pablo muestra este círculo en *Colosenses 1:9* “*Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, v:10 para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios*”.

A continuación, veamos como comienza, como se desarrolla y como se cierra este círculo virtuoso de Dios que nos hace crecer en Él.

- a. SER LLENOS DEL CONOCIMIENTO DE SU VOLUNTAD EN TODA SABIDURÍA E INTELIGENCIA ESPIRITUAL.
- b. ANDAR COMO ES DIGNO DEL SEÑOR, AGRADÁNDOLE EN TODO
- c. DANDO FRUTO EN TODA BUENA OBRA
- d. CRECIENDO EN EL CONOCIMIENTO DE DIOS.

Cuando este círculo se cierra, entonces avanzamos. La caminata en el Señor tiene como base: “el conocimiento”. Empezamos conociendo a Dios y cerramos el círculo conociendo más al Señor y luego, volvemos a tener otra influencia para conocer más al Señor y cerramos de nuevo ese círculo conociendo más al Señor, y el resultado es que crecemos más. La vida en el Señor es lo que Cristo mismo dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17.3)

A.- SER LLENOS DEL CONOCIMIENTO DE SU VOLUNTAD EN TODA SABIDURÍA E INTELIGENCIA ESPIRITUAL.

Hermano, la vida en el Señor consiste en conocer a Dios y a Jesucristo. No podemos obviar ni hacer a un lado tal conocimiento de Dios, la Biblia dice “... *mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento*” (Isaías 5:13) El Señor nos trajo a sus caminos para que lo conociéramos y lo entendamos. Todo principio, todo avance, todo desarrollo en el Señor se cimienta conociéndolo a Él; cualquier otro sendero desligado del conocimiento de Dios que se nos ocurra caminar, nos va a enfermar y nos va a degenerar en el Señor, aunque este aparente piedad. Podemos hablar de un avivamiento, y seguro que ha de venir tal avivamiento, lo vamos a disfrutar, lo vamos a experimentar y tendremos un fruto de ello, pero el fundamento de nuestra vida es conocerlo a Él. Este conocimiento del que hablamos, no es un conocimiento mental, si no es un conocimiento que tiene que ver con la vida misma de Dios. El Apóstol Pablo dice que este conocimiento debe llevarnos a conocer Su voluntad.

Nuestra vida en el Señor comienza por creer, y podemos estar seguros de estar en buena salud espiritual, no por la potencia espiritual que sintamos, pues, si vemos en lo natural, un niño recién nacido no tiene la fuerza para estar de pie, pero hay otros detalles que los doctores ven para determinar si el niño está saludable o no. De igual manera para nosotros el fundamento de nuestra salud espiritual no debe ser otra cosa más que percibir que Dios nos está invitando a conocerlo y que nosotros podemos responder a ello. Cualquier otra cosa que no sea conocer a Dios, nos va a degenerar en nuestro crecimiento espiritual; si el avance que tenemos en nuestra caminata es un avance en base al poder, a las unciones y otros factores que no sea el conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, seguro que va a atrofiar el crecimiento normal espiritual que el Señor quiere darnos.

Este conocimiento del que estamos hablando no es un conocimiento doctrinal, aunque es obvio que la doctrina tiene su parte en esto, pero no es el hecho de convertirnos en teólogos; tampoco se refiere al conocimiento que encontramos en la Biblia, aunque, también la Biblia nos puede ayudar, ella puede ser un medio para llegar al conocimiento de Dios, pero ella en sí misma no nos aporta este conocimiento que necesitamos para crecer. Este conocimiento es aquel que nos lleva a encontrarnos con un Dios vivo, con la persona misma de la Deidad, por eso el Apóstol Pablo ocupa la expresión: “*para que seáis llenos del conocimiento de Su voluntad*”, no para que conozcamos las cosas de Dios, a manera de una información teológica, si no el conocimiento de Su voluntad. Podemos decir que un sinónimo de “voluntad” es “deseo”; esto se refiere a lo que alguien tiene interiormente, un deseo nace en el corazón de una persona; podemos decir, entonces, que este conocimiento de Su voluntad es aprender a conocerlo a Él, es aprender a palpar la persona de Dios.

Hermanos, tal vez alguien diga: “Qué difícil es eso”, pero en realidad, esto no es difícil para el creyente genuino, es más fácil de lo que imaginamos. Siempre pensamos que esto es difícil, pero esto es muy sencillo, no tenemos que pensar “cómo lo podemos conocer”, sencillamente es la experiencia de Vida de los creyentes genuinos; esto es algo natural y orgánico para cada uno de los que somos hijos de Dios a causa de que hemos sido regenerados en nuestro espíritu; esto debe ser tan natural como respirar, como percibir el palpitar de nuestro corazón, etc. en pocas palabras podemos decir que conocerlo a Él es tan natural como “vivir”. En lo natural, nadie pasa pendiente de estar contando las pulsaciones por minuto que tiene su corazón, ni tampoco nadie pasa pensando en el constante ejercicio respiratorio de inhalar y exhalar, estas son cosas naturales, no las podemos estar midiendo ni controlando porque son orgánicas, son el resultado de tener vida. Pues, igualmente es en cuanto al conocimiento de Dios. Si somos una nueva creación, tenemos Vida de Dios, en otras palabras, tenemos a Dios en nuestro interior, sólo debemos ponerle atención porque allí está, Él mismo nos hará conocerlo. Lo que sucede muchas veces es que las preocupaciones de la vida, los afanes y muchas cosas de este mundo no nos permiten prestarle atención a nuestra vida interior, pero si hacemos silencio y atendemos a nuestro espíritu, nos daremos cuenta que allí está brotando el conocimiento de Su voluntad. La Escritura dice que Dios “... nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Corintios 1.22) Él nos ha dado los elementos necesarios para que conozcamos Su voluntad. ¡Aleluya!

El plan de Dios no ha sido traernos a Él para que nuestro hogar camine bien o para que nuestro cónyuge o nuestros hijos cambien. Nadie tiene garantía de que por haber creído en Cristo su hogar se va a arreglar, eso lo dicen los hombres que predicán basados en su alma. El Señor Jesús dijo: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mateo 10:34-36) No podemos fincar el evangelio a una felicidad familiar, el evangelio no está fincado en llegar a tener una buena esposa, o un buen esposo, o buenos hijos, etc. si esa es la meta, ya se perdió de vista el objetivo del evangelio, en otras palabras, ya alteramos el círculo virtuoso de Dios y entramos a un círculo de crecimiento en el Señor no sano, es más, degenerativo. No es malo anhelar que nuestra familia camine en el Señor, pero ese no es el fundamento del evangelio; el fundamento es conocerlo a Él, aunque esto implique que las relaciones familiares vayan de mal en peor. Tampoco el fundamento del evangelio es llegar a tener mucho dinero, o una casa, o un carro, o una profesión, etc. el Señor no vino a centrar el evangelio en estas cosas de la tierra, si no en que lo conozcamos a Él, ésta es la verdadera vida en el Señor y los que conocen y viven esto, avanzan en su crecimiento espiritual.

b. ANDAR COMO ES DIGNO DEL SEÑOR, AGRADÁNDOLE EN TODO

¿Por qué a veces creemos que conocer a Dios no produce la rentabilidad que Él dice que debiéramos de tener? Si prestamos atención, el Apóstol Pablo dice: “...No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col 1.9-10) El conocimiento de Dios se desata cuando lo llevamos a la práctica, por lo tanto, lo que primero debemos hacer es andar como es digno del Señor, agradándole en todo; en otras palabras podemos decir que aparte de conocer Su voluntad, también debemos

ocuparnos de vivir en santidad para Dios. Si en verdad estamos conociendo al Señor, ese conocimiento nos invitará a limpiarnos, porque ese conocimiento es viviente. Un conocimiento teológico no nos va a conmover, ni nos va a producir un deseo genuino de vivir en santidad, es más, muchos de los grandes teólogos y estudiosos de la Biblia, a veces terminan siendo ateos o ajenos a la vida de Dios. Cuando la revelación divina viene a nuestra vida, hay una reacción que no debemos dejarla pasar por alto; acerca de esto podemos ver que en los encuentros que muchos hombres tuvieron con el Señor, ellos tuvieron una reacción de arrepentirse y vivir en santidad. Por ejemplo, podemos ver el caso de Pedro en uno de sus encuentros ante el Señor Jesús, la Biblia dice que “... *Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador*” (Lucas 5:8). Otro ejemplo de esto fue el Apóstol Juan, quien mientras tenía una revelación del Señor, él dice en *Apocalipsis 1:17* “*Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último*”. Podemos ver que ante un encuentro con el Señor, estos hombres tuvieron una reacción, pues, esto es exactamente lo que nos debe pasar a nosotros, en la medida en la que el Señor se nos revela, en esa medida el Señor espera una reacción de nosotros. Si en verdad le conocemos, santifiquémonos. Todo el que quiere conocer al Señor sabe cuando dañino es no santificarse y cuan dañino es que no hayan cambios en su vida.

En el círculo virtuoso de Dios debemos dedicarnos a conocerlo a Él, a deleitarnos en Él y tal conocimiento nos ha de llevar a vivir una vida en santidad. El efecto de esta reacción depende de la disposición personal de cada quien, pero si el Señor se está abriendo para ti, Él espera una respuesta tuya.

Hermanos, tenemos que darnos por completo al Señor; Él quiere visitarnos, llenarnos, darnos de su gracia, etc. pero si no nos entregamos para cambiar nuestro estilo de vida, si no dejamos de ser los pecadores empedernidos, si no entregamos las áreas afectadas, si no dejamos de resistirnos a que la cruz quiebre nuestro ser natural, no sucederá nada. Al contrario, podemos decir que con tales actitudes nos salimos del círculo virtuoso en el cual el Señor quiere que crezcamos.

En una ocasión, mientras que el pueblo de Israel se preparaba para la batalla de Hai, el Señor le habló a Josué y le dijo: “*Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentado, y aun lo han guardado entre sus enseres. Por esto los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros. Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros*”. (Josué 7:11-13) ¡Ah! Qué tremendo, llegó el día en que los pecados tenían que solventarse, llegó el día de definición, llegó el día en que Israel tenía que santificarse si quería seguir avanzando en lo que Dios le había prometido. Hermanos, sé que hoy en día, Dios está deseando darles un avance Sus hijos, Él desea derramar de Su aceite fresco, Él desea llenarlos con Su Vida; pero al mismo tiempo los está acorralando para que hagan algo con sus vidas, es necesario que se entreguen al Señor y cambien su vida licenciosa, el Señor les dice hoy como a los hijos de Israel: “*no podrán hacer frente a sus enemigos, ...ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros*”; aplicado a nosotros sería: “No vamos a poder cerrar el círculo virtuoso de Dios si no arreglamos los asuntos pendientes con el pecado”.

Hermanos, todos somos testigos de que cuando Dios se acerca a nosotros, primeramente nos enamora, nos toca, nos bendice con Su presencia, lejos de condenarnos nos consuela, nos podemos quebrantar libremente delante de Él, porque así es Él. El Apóstol Pablo decía: “...*mas cuando el pecado abundó, sobreamundó la gracia*”; ¡Aleluya!, su gracia viene a nosotros, no por las buenas obras que hagamos, si no a causa del pecado. Él derrama Su amor en nuestros corazones y nos constriñe, nos revela nuestro interior, nos provoca libertad, hace que su río de vida fluya en nosotros, etc. pero todo esto Él lo hace porque busca en nosotros una disposición para que Su gracia provoque cambios en nuestra vida. Él nos enamora porque quiere que nosotros le amemos más, pero hermanos, tarde o temprano, llegará el momento de que nos definamos, o nos santificamos y crecemos, o nunca lograremos cerrar el ciclo de la Vida Divina en nuestro interior. El Señor dijo: “*El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía*”. (Apocalipsis 22:11)

c. DANDO FRUTO EN TODA BUENA OBRA.

Al cerrar el círculo del conocimiento creceremos, esto no será de la noche a la mañana, si no según sea el programa de Dios para nuestras vidas. Pero recordemos que primero conocemos, luego nos santificamos y luego debemos de dar fruto por medio de las buenas obras. Para entender este punto no necesitamos demasiada inteligencia, sencillamente debemos tener presente que para avanzar en el Señor, debemos obrar. Como lo dice *Efesios 2:10* “*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*”. En el círculo virtuoso de Dios, hemos de pasar por las obras. Si recordamos, al principio de este estudio dijimos que los Colosenses tenían fe, pero una fe que no es sólo para ser salvos, sino una fe que los habilitaba para vivir la vida del Señor. Esta es la fe de la que habla el Apóstol Santiago: “*¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?*” (*Santiago 2:20*), la fe también se debe evidenciar por las obras.

En el Nuevo Testamento encontramos que hacemos obras sirviendo en la Iglesia, según el don que Dios le ha dado a cada uno, así como el servicio que debemos hacer mediante la predicación del Evangelio. Indiscutiblemente, tenemos que obrar. El Señor en este tiempo nos está metiendo a obrar; por un lado, nos está presionando a que le sirvamos en la Iglesia, pero también nos está presionando a que prediquemos, a que anunciemos a toda criatura las Buenas Nuevas de salvación. Toda persona que es miembro del Cuerpo de Cristo debe servirle al Señor, no hay necesidad de tener una placa o un título para que alguien le sirva al Señor, no hay una élite de gente dedicada al servicio, todos somos sacerdotes y por intuición espiritual, todos debemos servir. Es seguro que no todos podrán servirle al Señor desde un púlpito, sin embargo, todos deben ocuparse de servir al Señor en lo que Él quiera.

Reconozco que en la Iglesia del principio el qué hacer físico era menos, porque ellos no se dedicaban a edificar “templos”, como sucede hoy en día, sin embargo, el hecho de llevar a cabo una reunión implicaba que, independientemente del lugar en el que se reunieran, ellos tenían que servir en algo en dicha reunión. En realidad esto continúa siendo así, cada vez que nos reunimos como iglesia debemos tener en cuenta que habrán espacios para servirle al Señor, ya sea antes, durante o después de una reunión, seguro que existen los espacios para que obremos. Debemos aprovechar los tiempos de las reuniones para servir. El mismo Señor Jesús, nos mostró

que debemos servir, la Escritura dice que el Señor “...se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Juan 13:4-5) Debemos aprovechar los turnos en los que nos corresponda servir al Señor en las reuniones de iglesia, pero no sólo en cuanto al qué hacer en el local de las reuniones, si no servir a nuestros hermanos, debemos servirnos unos a otros, es más, debemos considerarnos menores que los demás. Dice Filipenses 2:3 “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. Busquemos las oportunidades de servir al Señor a través de servir a nuestros hermanos. Además debemos dedicarnos a predicar el evangelio. Predicar el Evangelio no es fácil, dice el Salmo 126:5 “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. v: 6 Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”. Debemos prestarnos al servicio del Señor anunciando el Evangelio a toda criatura.

d. CRECIENDO EN EL CONOCIMIENTO DE DIOS.

Después de dedicar tiempo al conocimiento de la voluntad de Dios, de responder a una vida de santidad y de haber dedicado tiempo y esfuerzo a dar fruto por medio de las buenas obras, cerraremos el ciclo virtuoso de Dios. Lo glorioso de esto es que cerramos ese ciclo habiendo crecido en el Señor y conociéndolo mucho más. El que no viva y persevere en el evangelio de esta forma jamás avanzará y alcanzará la plenitud de lo que el Señor tiene para su vida.